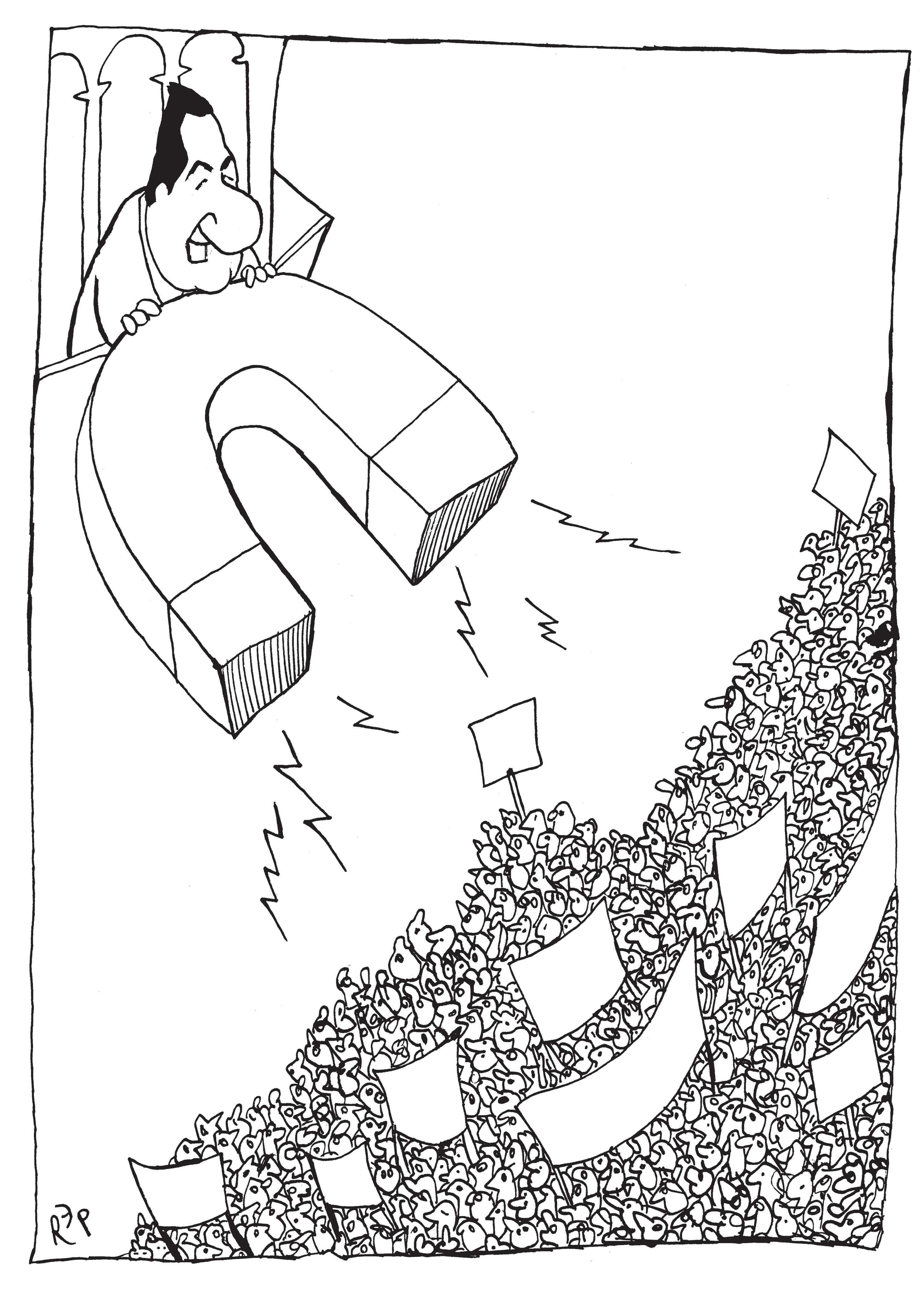
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

7 Peronismo y catolicismo



Suplemento especial de
Página/12

No pareciera haber sido la inesperada o sorpresiva aparición del presidente de la República en motoneta por las calles de Buenos Aires (seguido por las deportivas chicas de la UES) la que impulsó a la Iglesia Católica a entrar en conflicto con él. ¿Cuál fue el motivo del choque en que se enmarcó la embestida final de todo el país antiperonista contra el gobierno? Halperin Donghi da por aceptado que el peronismo había decidido implementar una "política conservadora" (*Ibid.*, p. 141). Esta cuestión admite distintos puntos de vista. Sin duda, hechos como el meneado Congreso de la Productividad, la radicación de capitales extranjeros, la llegada de Milton Eisenhower y el contrato con la petrolera California marcan tendencias del Gobierno a manejarse cautelosamente con quienes –no lo ignora– son y serán sus enemigos. Perón quiere hacer –bajo su control– lo que luego harán desbocadamente los héroes liberales del '55, que, en esta coyuntura, eran todos defensores de la soberanía nacional, enemigos del capital extranjero, de incentivar la productividad del proletariado y hasta, si hiciera falta, irritados adversarios de los intereses de Estados Unidos. No encuentro en las tan cacareadas, señaladas y censuradas "concesiones del régimen" algo que sea esencial en el debilitamiento del peronismo. *El debilitamiento del peronismo venía de antes y tenía que ver con la ausencia de una organización revolucionaria de las masas más que con su "claudicación" ante el capital extranjero o el contrato con la California.* Aclaremos, de todos modos, que todos los que se desgarraron las vestiduras por la California, los dólares de los yanquis o la incentivación de la productividad de los obreros fueron, en su mayoría, una caterva de hipócritas que luego harían concesiones infinitamente peores a las tibias medidas que estaba impulsando el peronismo en una encrucijada en que debía negociar con el Imperio o pedirles a los obreros mayor productividad. Si de esto se tratara, además, nadie más autorizado que el gobierno nacional y popular para pedirles a los obreros un esfuerzo para respaldar una economía que muchas veces había sido puesta, sin más, al servicio de ellos. Nada de esto llega a configurar "una política conservadora". En todo caso, los tibios intentos del peronismo de negociar con el Imperio norteamericano están a una distancia inmensurable de la relación de complementariedad o pertenencia que vino después. El problema que acabó con el peronismo se enmarcó en un problema con la Iglesia Católica. "La obra del régimen (escribe Halperin, quien, a no dudarlo, jamás les diría "régimen" a los gobiernos de Frondizi o de Illia, elegidos con el peronismo proscripto –por más buen tipo que fuera Illia–, o a la mismísima Libertadora, a la que opta por llamar "gobierno revolucionario") invadía el campo asistencial, y sin privarlo totalmente del sello católico que tradicionalmente había tenido el país, lo marcaba, aún más vigorosamente, con su signo político" (*Ibid.*, p. 141). Cierto: la Iglesia Católica apoya levemente al peronismo de los inicios y luego ve que el movimiento le roba protagonismo. La Iglesia requiere de la pobreza como del pan. Si hay pobres tiene que haber sacerdotes que den esperanzas, que den consuelo, que digan que Dios sanará toda enfermedad, dará sosiego a todo dolor, comida a los hambrientos. ¿Qué son si no hoy las multitudinarias peregrinaciones a San Cayetano? Apena ver a tantos ir en busca de nada, de la manipulación, de la compasión cedida desde un poder que no hizo nada en este país por frenar la más grande matanza de su historia. Si los hombres de Dios de 1976 lo querían, si viajaban en busca del Papa y le decían la verdad y si conseguían una sola, aunque fuese mínima condena papal, *se habrían salvado miles, miles de vidas en la Argentina. Pero no: el Ejército luchaba contra el marxismo, enemigo de la Iglesia, y esa lucha era justa*. El catolicismo argentino –que es parte del Estado y vive a su amparo, dado que el Estado lo subsidia– sabe siempre muy bien dónde está el enemigo. Ante la falta de cohesión de los enemigos del peronismo vio la posibilidad de unificar la lucha. Perón, decidido, les declara la guerra: propone reabrir los prostíbulos, suprime la diferencia entre hijos legítimos e hijos extramatrimoniales, ¡autoriza a los blasfemos divorciados a volverse a casar! Elimina la educación religiosa en las escuelas del Estado, medida que no se llegó a implementar. Suspende los aportes del Estado a la enseñanza privada religiosa. Y se lanza a un camino que –se sabe– busca llegar a la separación de la Iglesia del Estado. Halperin Donghi admite que estas reformas "estaban lejos de ser innecesarias" (*Ibid.*, p. 142. Si el gobierno actual de Cristina Fernández tomara alguna de estas medidas lograría lo que logró Perón en 1955: la "oposición" entera, con la ultracatólica Carrió a la cabeza, se le iría encima acusándola de extremismo montonero, de buscar erradicar las creencias religiosas fundamentales que dan identidad a nuestro país. Así estamos, todavía.) ¿Alguien recuerda la lucha que hubo que llevar en 1988, bajo el gobierno de Alfonsín, para promulgar la ley de divorcio? Yo, de sobra. Recién ahí me pude casar con una mujer que era mi amada compañera desde hacía ocho años. ¡Teníamos que vivir en pecado por los sacerdotes argentinos! Seres detestables como José María Muñoz –que mandó a las muchedumbres del Mundial Juvenil a demostrarle a la organización de derechos humanos de la OEA que visitaba nuestro país (porque en el mundo *se sabía* la masacre que aquí tenía lugar) que aquí reinaba la concordia y que los argentinos éramos derechos y humanos– hicieron publicidad anti-divorcio con, por ejemplo, Maradona. Era más joven nuestro "ídolo nacional" y lo manipularon fácil. Fue así: Maradona hacía "jueguito" con una pelota, hacía su magia, lo que él puede hacer. Y el Gordo Muñoz aparecía y decía: "Qué bien, Diego. Cómo se ve que venís de una familia con amor, con unidad. De una verdadera familia. Lo que sos lo sos por tu familia". La organización católica fascista *Tradición, Familia y Propiedad* sacó afiches que decían: *Divorcio, ¡condenación maligna!* Esto, en 1988. Finalmente salió la ley de divorcio. Y seré, sin duda, un poco pelotudo, pero cuando la jueza nos dijo: "A partir de ahora, al amor que los une se le une la ley" se me aflojaron los pantalones. Hoy, es cierto, nadie se casa. Y está bien. Pero en ese momento hacerlo era un acto contra la derecha argentina, encabezada una vez más por el poder católico.

EL PERONISMO CARECE DE "ESPRIT DE FINESSE"

El peronismo, en 1954, no tenía una oposición cohesionada. Había negociado lo suyo con los yanquis. Las masas siempre lo apoyaban. El Ejército leal era susceptible a sus beneficios y a sus prebendas y el debate por la California no prosperaba demasiado. Cooke, un por entonces brillante diputado, lo había atacado con más fundamentos que los Frondizi o los Alende. Pero había dos extremos: Perón se detenía ahí y lejos de construir poder –como lo había hecho magistralmente entre 1943 y 1945– boludeaba con la pochoneta (nombre que definitivamente adquirió el aparatito de la derrota por medio de una conjunción entre "pocho" y "motoneta"), se distraía en la UES, organizaba los campeonatos "Evita", recibía a Gina Lollobrigida, a Nicola Paone y lo peor, lo que no tiene perdón ni retorno: se dejó invadir por todo tipo de alcahuetes, obsecuentes, corruptos, aventureros, chantas. La figura que encarnó todas estas calamidades fue Juan Duarte, el hermano de Evita, el secretario del General. (*Nota:* Veremos, al hablar de Eva, ya que largamente nos ocuparemos de su figura pasionaria, las irritantes boberías, zalamerías, las infames adulaciones ilimitadas que una Cámara de Diputados presidida por Cámpora diría sobre ella a propósito del Monumento que le preparaban. Dan asco: si ése era el peronismo en 1952 –y Perón no arrasaba con él poniendo a cuadros de la jerarquía de John William Cooke– iba, como fue, al derrumbe inglorioso.) Juancito, así le decían, era un Isidoro Cañones cuyo padre no era el Coronel Cañones sino el Coronel Perón, que lo "apadrinaba". Mientras vivió Evita ella le dio carta blanca para lo que quisiera. "Estamos robando, Juancito", le decía su socio. "Yo no puedo robar. ¿Cómo voy a robar si todo es mío? Soy el hermano de Evita y el secretario privado de Perón" (Cfr: *Ay Juancito*, dirección de Héctor Olivera, guión mío y de Olivera). Le decían *Jabón Lux*. La propaganda de este producto decía: "El jabón que usan nueve de cada diez estrellas de cine". Juancito, lo mismo. Anduvo con cuanta mina de Buenos Aires se le cruzó. Sobre todo con dos: Fanny

Navarro y Elina Colomer. Fanny era arrabalera, peronista brava. La siguió de cerca a Evita y filmó películas importantes bajo la protección de Juancito. *El grito sagrado*, por ejemplo. La Colomer era más fina, se cuidó más, se supo esconder a tiempo. De aquí el destino diferenciado de ambas luego de la caída de Perón. A Fanny la borraron de todas partes. Murió sola, olvidada y miserable. La Colomer llegó a protagonizar *La Familia Falcón*, una comedia televisiva de los sesenta, hecha bajo los tiempos furiosos del antiperonismo. Ella era la madre ejemplar. Y el otro... Se habían dicho siempre dos cosas de Pedrito Quartucci: una, el tamaño privilegiado de su miembro viril. Otra: que había sido amante de Evita, antes de que ella conociera a Perón, durante los años de la radio. Quartucci, cauteloso, siempre negó la versión. Lo notable de esto es que el padre y la madre ejemplares de la familia Falcón, los Ingalls de la Argentina gorila de los sesenta, uno, Quartucci, decían que se había volteado a Evita y la otra, Colomer, había sido clamorosamente la amante oficial de Juan Duarte. ¿Por qué los destinos tan dispares de Colomer y Navarro? Navarro se ideologizó, se hizo militante, filmó –con Pedro Maratea– cortos de propaganda, habló en Ateneos Eva Perón, fue la actriz del "régimen". La otra se cuidó. De todos modos –aunque se cuidara, el odio de la Libertadora calaba hondo–, siempre me sorprendió la buena fortuna que tuvo. No fue la de Hugo Del Carril ni la de muchos artistas más. La Libertadora, en esto, no hacía más que continuar lo que el peronismo había hecho. Lo absurdo era que hacía de la democracia y de la libertad sus banderas.

Hay un elemento que aún no he introducido y sin el que nada puede entenderse a fondo. No se basa en las estructuras económicas, en las clases sociales, o en las relaciones de producción. Por mencionar algunos elementos de "lo concreto". No se basa en nada de eso pero lo expresa todo. Para sus enemigos, *el peronismo carece de "esprit de finesse"*. Tanto la oligarquía como la izquierda culta comparten este desdén. Hoy, por ejemplo, este elemento está muy presente. No en vano tantos "progresistas" se vuelcan a las páginas de *La Nación*. Es sacar patente de "culto", de "fino". También otorga este halo la relación del intelectual con la academia argentina pero, sobre todo, con la academia norteamericana o francesa o, desde luego, la alemana. Si se observa la bibliografía de los ensayos actuales se verá que se cita –siempre que se puede– en cualquier idioma que no sea el español *aun cuando el libro citado tenga edición española*. A lo sumo, el autor, benévolo, pone: "Hay edición en español. Véase... tal cosa". Con frecuencia, esta atención hacia el lector no bilingüe o trilingüe *comme il faut* corre a cargo del editor, dado que el ensayista ni se molesta en tal aclaración. Aun cuando se mencione la edición en español, el autor no cita de ella, de modo que es trabajoso encontrar esa cita. Si ustedes consultan los suplementos de filosofía que publiqué durante 2006 y 2007 en este diario verán que los libros citados están en español. Y eso que se trata de filosofía. Sólo cuando definitivamente no existe el texto en nuestro idioma uso una edición extranjera. Esto –que a muchos bobos les sonará a populismo– es, en efecto, carecer de "esprit de finesse". Ser "nacionalista". Hoy, para un intelectual, querer ser comprendido y ayudar al lector a comprender entregándole los medios más accesibles para ello es ser "nacionalista" o "populista". Carecer de "esprit de finesse". El peronismo carece por completo de tal cosa. Pensemos seriamente la cuestión: ser peronista es ser grasa. El peronismo, al ser grasa, al no tener "finesse", carece de todo eso que la "finesse" conlleva: las instituciones republicanas, el Parlamento, la democracia, el liberalismo, el constitucionalismo, el academicismo, la alta cultura, el dominio de los idiomas extranjeros, el grupo "Sur", Borges, Bioy y Victoria. La Sociedad Rural le fue siempre incómoda al "progresismo" pero ella ponía por sobre todas las cosas el "esprit de finesse". Todavía en el Jockey Club está la puerta de la antigua sede injuriada por la barbarie. Esa herida aún se exhibe. De todos modos, va poca gente por ahí. Y durante la década del noventa se metieron tanto en la escoria menemista que demostraron –para toda la eternidad– que, si de los buenos negocios se trata, la oligarquía manda al diablo el "esprit de finesse". *No hubo peronista más grasa, guarango, ajeno por completo a los "idiomas extranjeros", no hubo peronista que más haya entrado a los salones tropezando con los muebles (como decía el patricio Miguel Cané de los advenedizos), no hubo peronista más impresentable, más ajeno al "esprit de finesse" que Carlos Menem*. Y la oligarquía se le unió entusiasta. Hizo miles de negocios infinitamente rentables con él y su pandilla. *Porque la oligarquía argentina y los empresarios del capital financiero nacional y transnacional viven obsesionados por la rentabilidad. Y por ella se pueden aliar a lo más groncho del peronismo o colaborar activamente en un proyecto criminal que requiera la vida de treinta mil personas*. De aquí que haya sonado tan grata a nuestros oídos la frase de Cristina F. Porque dio en el clavo: la *rentabilidad*. De la cual, les dijo a los empresarios, no piensa convertirse en gendarme.

LA IGLESIA COHESIONA A LA OPOSICIÓN

Si tomo la cuestión en este exacto punto es porque en 1955 toda la reacción contra el peronismo se organizó en torno del "esprit de finesse". A ver si soy claro: en 1955, Perón estaba extraviado y cometía todo tipo de errores. El principal fue lograr (porque fue obra de su torpeza) que la oposición se nucleara alrededor de la Iglesia, esa fuerza eterna del alma argentina, imperecedera. Félix Luna trata bien el tema. "El 5 de noviembre casi todos los diarios oficiales anunciaron con gran dedicación de espacio que se había descubierto un grupo de pervertidos en Rosario, y a través de perífrasis se daba a entender que estaban vinculados al cardenal Caggiano" (Félix Luna, *Perón y su tiempo*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993, p. 847. No creo que muchos lectores tengan recuerdos amables del cardenal Caggiano, unido luego a todas las persecuciones de la Libertadora, a las conspiraciones militares y a los golpes de Estado. Pero eso no justifica lo que hace el peronismo en ese momento. Sobre todo por su torpeza inenarrable. Además, "pervertidos". ¡Qué época! Pobrecitos los homosexuales de los cincuenta. Tremendamente lejos de ser "gays" debían cargar con el mote de "pervertidos". Entre otros tanto o más injuriantes. Pero esto no le pertenecía sólo al peronismo. Era la sociedad machista de la eterna Argentina patriarcal, hecha por los varones guerreros, por los hombres de coraje. En fin, por toda esa ralea que cubre con su iconografía y sus estatuas y los nombres de las calles el ámbito visual –además del conceptual– de nuestro país. En cuanto al cardenal Caggiano me he quedado un poco corto. Importante personaje de nuestras luchas políticas, nace en 1889, es el primer obispo de Rosario y el 15 de agosto de 1959 el papa Juan XXIII lo lleva hasta la cima del Arzobispado de Buenos Aires. Fallece el 29 de octubre de 1979 luego de haber denunciado valientemente ante las autoridades vaticanas las violaciones a los derechos humanos en la Argentina. ¿Alguien se creyó esto? No, ¿por qué será? ¿Por qué sonará tan absurdo, imposible, por qué sonará como un sombrío, doloroso chiste? No, señores: el cardenal Caggiano siempre tuvo clara su misión terrenal, la defensa de los valores eternos en esta tierra de pecados. En julio de 1971, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (¡cuántas esperanzas había despertado este Encuentro!) emite un documento en el que adhiere al Movimiento Peronista, al que considera "revolucionario" por su potencial de masas (este "potencial de masas" era el *valor de verdad* que seducía a todos y los llevaba a sumarse al peronismo, para alegría del Perón madrileño, que manejaba todos los hilos: ya veremos su interpretación de la "conducción" como arte). Pero aquí es donde se hace oír la voz potente del

cardenal Caggiano. El mismo 11 de julio, el mismo día en que los Sacerdotes para el Tercer Mundo publican su Documento, el Cardenal ya señala su carácter "marxista". Los marxistas están infiltrados en la Iglesia argentina y trabajan para desunirla, para disociarla. En una furibunda homilía afirma: "La libertad desaparecerá con el marxismo y vendrán los campos de concentración hasta para los escritores de fama mundial". ¿Lo habrá dicho para proteger a Borges? Porque otro "escritor de fama mundial" no teníamos por aquí. Sabato era una figurita nacional que iba de un lado a otro buscando ubicarse en alguno sin que lo confundieran con un peronista, con un marxista o con un cura del Tercer Mundo. Difícil lo suyo. Caggiano, por fin y por esas cosas de la historia, es quien celebra la Misa de cuerpo presente cuando muere Perón antes de que el féretro fuera trasladado al Salón Azul del Congreso. Pero no fue un "descuido" ni "un cambio de actitud luego de una larga reflexión" ni una respuesta a algún mandato divino. El Perón para el que el cardenal Caggiano oficia misa en 1974 le era muy cercano al viejo luchador antimarxista. Había tratado, vanamente, de erradicar un "Mal" al que otros pondrían fin. Pero lo había intentado. Había hecho lo suyo. Veremos qué fue lo que hizo y cómo lo hizo. Veremos por qué se ganó una Misa de su viejo enemigo, uno de los baluartes de la caída de su primer gobierno. Es notable aquí la transparencia de los hechos históricos, que suelen ser tan poco lineales. No creo que la relación Perón-Caggiano sea lineal, ni mucho menos. Pero expresa ciertas persistencias que entregan claridad a dos situaciones complejísimas: 1955 y 1974. En 1955, Perón era, para Caggiano, un peligro para la Iglesia, su "régimen" podía degenerar en un estallido de masas dada la conflictividad política reinante. Hemos visto, además, los otros factores "irritativos". En 1974, Perón era, para Caggiano, un aliado en la lucha implacable de la iglesia contra el marxismo ateo. Sobre esta temática es altamente recomendable el libro de Horacio Verbitsky *Cristo vence*. Sobre todo su tomo primero.) Perón reúne a sus gobernadores y les pide informes sobre los sacerdotes de sus provincias. ¡Para qué! En medio de la alcahuetería reinante cada uno se esmera en contarle todo tipo de historias en que los "hombres de fe" quedan mal parados. No se sabrá jamás si Perón necesitaba estos informes para el discurso que dio. ¿Tendría la cuestión con el catolicismo la gravedad que le dio? *Porque su enfoque es impecable, al menos en el planteo inicial.* Denuncia que la cuestión *no es* con los estudiantes católicos ni con la Iglesia, sino que se está en presencia de la revolución con que soñaban sus enemigos desde hacía diez años y que ahora había encontrado su epicentro en la Iglesia. En otras palabras (o en palabras parecidas), la oposición –que no había logrado nuclearse– encuentra en la Iglesia su bandera, su centro de fe, su misión cuasi evangélica. Anotemos similitudes notables con nuestro presente. A los dos días de asumir su mandato, la presidenta Cristina F recibe al cardenal Bergoglio, una figura que tiene un poder difícilmente explicable en la Argentina. O no. Bergoglio había colisionado ya con Néstor Kirchner. Ahí, algunos grupos de la desmembrada oposición que tiene este Gobierno recordaron el conflicto tradicional peronismo-Iglesia. La cosa no pasó a mayores. Asume Cristina y ya hay una foto en que le extiende la mano a Bergoglio y se la estrecha. No sé por qué (o sí sé) pero Cristina ha de estrechar una mano con más firmeza que el susodicho cardenal, quien debe entregar la suya como una esponja resbaladiza. He sido amigo de muchos curas en mi vida. O de unos cuantos. Fueron –¡por supuesto!– casi todos sacerdotes del Tercer Mundo u otros que lo siguieron siendo en años posteriores aunque ya no se definan así, dado que *también eso* fue aniquilado en la Argentina. Respeto a los hombres de fe. Y hasta diría que soy –contradictoria, dificultosamente– uno de ellos.

Pero pocas veces vi a un cura con más cara de cura que el cardenal Bergoglio. De cura-vaticano, claro. ¿Por qué este hombre es tan poderoso en la Argentina? Porque representa el poder del Vaticano. Y porque late en su figura *la posibilidad de reunificar a la oposición si este "gobierno de montoneros" comete errores graves*. Esta situación –que Cristina F trata de controlar recibiendo al escurridizo (eso: se lo ve escurridizo, de modales cautelosos, de palabras elegidas con circunspección, de intrigas silenciosas, de asechanzas) Bergoglio– fue la que Perón manejó pésimamente entregándole a la oposición, que andaba a los tumbos, la bandera de la fe, la causa de Cristo. En un pasaje de su discurso, Perón se manda una de esas compadreadas que han sido parte de su estilo: "¡Déjenlos que formen lo que quieran! Si quieren formar el Partido Demócrata Cristiano o Demócrata Católico a nosotros no nos importa. Ahí tienen: que vayan, que presenten su plataforma y lo inscriban y que se presenten después a las elecciones. ¡Vamos a ver cuántos votos sacan!" (Luna, *Ibid.*, p. 177). Importa señalar (para ver las *permanencias* en el estilo de hacer política de Perón y, sobre todo, cuando, haciendo política, perdía los estribos) las semejanzas entre el discurso contra la Iglesia y el célebre "reto" televisivo (que fue un golpe bajo, cruel y altanero) a los diputados peronistas (de la Juventud Peronista) que se opusieron a las Reformas al Código Penal que implicaban reflotar toda la legislación represiva. Esto fue en enero de 1974. Perón les dice a los jóvenes diputados: "Nadie está obligado a permanecer en una fracción política. El que no está contento, se va (...) Lo que no es lícito, diría, es estar defendiendo otras causas y usar la camiseta peronista (...) El que no esté de acuerdo, se va. *Por perder un voto no nos vamos a poner tristes*" (Baschetti, *Documentos 1973-1976*, volumen I, ed. cit., pp. 400/401. Bastardillas mías). Esta última frase se torna inolvidable por el modo en que la dijo: sonriendo de costado, guiñando un ojo y levantando el dedo índice de la mano derecha. Un voto. Veremos qué le costó la guapeada de 1974. Ahora veamos los resultados de la de 1954. "Con su agresión –escribe Luna– había conseguido, nada más ni nada menos, que inventar una oposición nueva, una oposición no política sino apoyada en una mística trascendente, una oposición que antes podía ser latente y estar en una actitud pasiva pero desde ahora se lanzaría a la lucha con todo el fervor de las convicciones religiosas. Y, además, brindaba a los partidos políticos y a la *contra*, en general, una formidable trinchera que no tardarían en aprovechar" (Luna, *Ibid.*, p. 853). Resulta interesante lo que Luna señala a propósito de este discurso. *Le resulta inexplicable*. Convengamos que un historiador que le dedica tres tomos (así era la edición original) a Perón (y su tiempo) raramente confiesa que no hay "explicación racional" para esta actitud de Perón. Lo único que ensaya es que Perón se haya sentido molesto por las críticas de los sectores a la UES. Estas críticas, sin embargo, no sólo provenían de la Iglesia. Gran parte del país (incluso muchísimos peronistas) hacía chistes acerca de la UES. Era un deporte nacional. Yo tendría diez años en ese entonces y –en mi imaginación esponja de niño de los cincuenta– la UES era sinónimo de pecado. Luna, en rigor, se pregunta con honestidad el tema. Y llega a concluir que "el poder absoluto corrompe absolutamente". Sin embargo, todo provenía de algo más grave y menos psicologista. No quiero decir que no incida en todo esto la "psicología" de un tipo tan complejo (tan difícilmente descifrable) como Perón, sino que habrá que buscar las causas de esos dislates por otras partes. Por la ausencia de una verdadera organizatividad popular, por la burocratización de los sindicatos y del Partido Peronista, por la adulonería de la Cámara de Diputados y por los serviles de los que Perón se rodeaba. Del modo que sea, el peronismo había tomado y *se proponía tomar* medidas muy perjudiciales para la Iglesia.

Las hemos visto: la Fundación Eva Perón asumía la ayuda caritativa desde el Estado (más profunda y generosa que esa a que la Iglesia acostumbraba), se establecía el divorcio vincular, se eliminaba la educación religiosa en las escuelas estatales, los aportes a la enseñanza religiosa privada y se buscaba el camino hacia una separación de la Iglesia del Estado. Era la más grande blasfemia al Crucificado que jamás hubiese tenido lugar.

BORLENGHI Y LA POLICÍA

Lo innegable es que la "cuestión con la Iglesia" galvanizó a la oposición. Es notable cómo se puede observar cuándo la iniciativa política se desplaza de un actor social a otro. Aquí, el peronismo, ya está derrotado. Si tiene al Ejército no lo tiene por convicciones sino por los buenos tratos con que lo seduce. No hay militares peronistas. Hay militares leales a Perón que lo seguirán en tanto éste pueda seguir abriéndoles puertas que les solucionen problemas o les permitan desarrollarse en determinadas cuestiones nada ligadas a intereses estratégicos importantes. El sindicalismo cumple con sus funciones de garantizar a los obreros lo que luego se les negará durante décadas: un buen sueldo, una buena vivienda, vacaciones, salud. Pero lo que uno nota –desde la lejanía de los años, no quiero decir nada más que esto: una *lejanía* que nos permite cierta visión equilibrada y no conformista en absoluto de los hechos– es que se tenía lo que se tenía *pero no se hacía nada para conservarlo*. O se hacía mal: Borlenghi, por ejemplo, decide que la policía no puede ser apolítica. Que la policía tiene que ser peronista. Pero una medida de este tipo no se decide para defender a un régimen (creo que, en este momento, el peronismo es un "régimen": ha perdido su vitalidad histórica y ha afianzado solamente su estructura autoritaria) sino para desarrollar un proceso revolucionario. Por otra parte, Borlenghi sólo sinceró una verdad que cualquiera sabe: *la policía es siempre la policía del poder*. ¿O Ramón Falcón era un policía de toda la sociedad argentina? ¿O Leopoldo Lugones (hijo) no usaba la picana al servicio del gobierno de Uriburu? ¿O la policía de Aramburu no era la policía de Aramburu? Lo que Borlenghi dijo fue que la policía no podía pasar de un gobierno a otro y ser la policía de todos. Que la de ellos tenía que ser peronista. Pero la policía siempre fue ideologizada. Y siempre tuvo valores básicos que fueron –por supuesto– los que instauraron el país de la oligarquía: respeto a las jerarquías, defensa de la propiedad, castigo a las clases inferiores, respeto a las superiores, palos a los huelguistas, adhesiones a las patronales, catolicismo, clericalismo, nacionalismo, antisemitismo, anticomunismo, etc. ¿Habrá querido Borlenghi cambiar esa policía? Los pequeños historiadores del gorilaje (me resulta risueño y hasta tierno por su ingenuidad el libro de Gambini: no falta nada, hasta lo de Nelly Rivas está, creo que se le quedó en el tintero que Perón era amante del boxeador negro Archie Moore, ¿o no lo sería?) se horrorizan con el discurso de Borlenghi, pero *siempre fue así*. Ocurre que cuando el peronismo hace algo que las clases dominantes hicieron *siempre* no se lo perdonan, pero lo dan por naturalmente aceptado cuando las mismas medidas, con otro plumaje, con otra elegancia, otro glamour, otros personajes más cultos y más distinguidos, vienen de manos del eterno poder que ha dominado este país. Como sea, luego de tanta historia que ha corrido tomada de la mano compleja del peronismo, luego de tanta obstinación en mantenerlo a flote, no deja de ser cierto que siempre que jugó claramente del lado "correcto", del lado del poder, del lado de las clases dominantes, de las clases hegemónicas, se le aceptó todo y hasta se lo vio hermoso. ¿O no fue bello Menem para esos infalibles miembros del establishment que fueron Alvaro Alsogaray y su hija, la niña del tapado de visón, de las piernas largas y los negocios turbios?

PROXIMO DOMINGO

La vida por Perón